

## CUARTO DÍA – EL FIRMAMENTO DECLARA LA OBRA DE SUS MANOS

(ÍNDICE)



En ninguna otra parte de la creación de Dios encontramos lecciones del evangelio tan maravillosas como en los cielos. Hemos visto ya que los cuerpos celestes predicán el evangelio aun sin emitir palabra. El apóstol Pablo, tras haber afirmado que no todos obedecen al evangelio, añade que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios; y entonces pregunta: “¿Acaso nunca han oído?” Oído ¿qué? —Por supuesto, el evangelio. Entonces responde a su pregunta de este modo: “Ciertamente que sí”, y lo prueba citando las palabras del salmista respecto a los cielos: “Por toda la tierra ha salido su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras” *Romanos 10:15-18*. Por consiguiente, los cielos predicán amplia y poderosamente el evangelio. Prestemos atención a algunos puntos de la Palabra a fin de estar mejor capacitados para leer el lenguaje de los cielos.

“Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos” *Salmo 19:1*. Relaciona con ese salmo la siguiente declaración relativa al hombre: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” *Efesios 2:10*. Se emplea un lenguaje similar respecto a nosotros y a los cielos. Ambos son obra de Dios, y ambos son creados en Cristo; en nuestro caso a condición de que nos sometamos a él. Las buenas obras son aquello para lo que fuimos creados: buenas obras mediante las que glorificamos a nuestro Padre celestial. Si tenemos las buenas obras, nosotros, lo mismo que los cielos, declaramos la gloria de Dios.

Los cielos cumplen la obra que Dios les asignó. Lo hacen por estar perfectamente sujetos a su voluntad. Si nosotros lo estamos igualmente, cumpliremos la obra que nos ha asignado. Y esa obra le da gloria, ya que es él quien obra en nosotros. Observa que Dios ha preparado esas obras de antemano a fin de que anduviésemos en ellas. Así, Cristo dice de quien practica la verdad, que ha venido a la luz “para que sus acciones sean manifestadas que han sido hechas en Dios” *Juan 3:21*. Dios mismo hace las obras; si no fuera así, no se trataría de la justicia de Dios. También

los cielos son obra de Dios. Cuando nos sometemos a su voluntad tal como hacen ellos por naturaleza, declararemos la gloria de Dios tan plenamente como los cielos, incluso si, como ellos, fuéramos incapaces de emitir palabra.

Los cielos son prenda y garantía de la fidelidad de Dios. “Por siempre cantaré de las misericordias del Señor; con mi boca daré a conocer tu fidelidad a todas las generaciones. Porque dije: Para siempre será edificada la misericordia; en los cielos mismos establecerás tu fidelidad” *Salmo 89:1-2*. La existencia de los cielos es una prenda de que Dios no ha olvidado sus promesas de misericordia al ser humano. El capítulo 31 del libro de Jeremías rebosa de “preciosas y grandísimas promesas” (*2 Pedro 1:4*) hechas a su pueblo: “Perdonaré su maldad y no recordaré más su pecado. Así dice el Señor, el que da el sol para luz del día, y las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, el que agita el mar para que bramen sus olas; el Señor de los ejércitos es su nombre: Si se apartan estas leyes de mi presencia —declara el Señor— también la descendencia de Israel dejará de ser nación en mi presencia para siempre” *Jeremías 31:34-36*. Por tanto tiempo como el sol, la luna y las estrellas sigan cumpliendo su tarea asignada, los hombres hallarán gracia con el Señor, pudiendo acudir a él en la seguridad de encontrar perdón, paz y justicia.

Hay más al respecto: “Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por uno mayor, juró por sí mismo” *Hebreos 6:13*. Fue un juramento para confirmar la promesa, que ya era de por sí inmutable. “Por lo cual Dios, deseando mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su propósito, interpuso un juramento a fin de que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, los que hemos buscado refugio seamos grandemente animados para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como ancla del alma, una esperanza segura y firme, y que penetra hasta detrás del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho, según el orden de Melquisedec, Sumo Sacerdote para siempre” *Hebreos 6:17-20*.

Observa dos cuestiones: en primer lugar, ese juramento y promesa se dieron por causa nuestra. Abraham no necesitaba que Dios confirmara la promesa mediante un juramento, pues demostró plenamente que creía en la clara palabra del Señor. Dios hizo el juramento para reforzar nuestra fe en su palabra. En segundo lugar, tanto el juramento como la promesa se relacionan con el perdón de los pecados y con toda la bendición que Cristo como Sumo sacerdote nos asegura. Están previstos para nuestro ánimo y consuelo cuando corremos a refugiarnos en Cristo. Por consiguiente, cuando acudimos a Cristo confiadamente, “al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna” *Hebreos 4:16*, tenemos de antemano la seguridad mediante la promesa de Dios (respaldada por su juramento) de que recibiremos todo lo que pedimos. Detengámonos aquí para considerar lo que eso significa.

El juramento de Dios es en realidad una promesa de su propia existencia. Él juró por sí mismo. Con ello declaró que si fallara su promesa, su vida dejaría de ser. Sus promesas son tan imperecederas como él mismo. De igual forma en que Dios existe

“desde la eternidad y hasta la eternidad” *Salmo 90:2; 106:48*, así también “la misericordia del Señor es desde la eternidad hasta la eternidad” *Salmo 103:17*. El Padre y el Hijo son Uno. Por lo tanto, Cristo está comprometido en la promesa de Dios. Pero “en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. Es Cristo quien “sostiene todas las cosas por la palabra de su poder” *Hebreos 1:3*.

La existencia de los cielos y la tierra depende de la existencia de Dios. Pero él ha supeditado su existencia al cumplimiento de sus promesas. Por consiguiente, la existencia de los cielos —y de todo el universo— depende de las promesas de Dios hechas al pecador que cree. Si un solo pecador, sin importar cuán indigno, insignificante o ignoto sea, acude sinceramente al Señor pidiendo perdón y santidad y no los recibiera, en ese mismo instante el universo entero vendría a ser un caos y dejaría de existir. Pero el sol, la luna y las estrellas siguen aún ocupando su lugar en el firmamento como prueba de que Dios jamás ha fallado a un alma que ponga en él su confianza, y como prueba de que nunca ha decaído su misericordia. Por lo tanto, su fidelidad está reflejada en los cielos. Si permitimos que el sol, la luna y las estrellas nos cuenten su relato cada vez que los miramos, viviremos mejores vidas y no conoceremos el desánimo.

“Porque sol y escudo es el Señor Dios” *Salmo 84:11*. Tal como el sol provee luz y calor a la tierra, así el Señor es la Luz de los hombres y los consuela con su gracia. Toda la luz y calor que recibe la tierra en la forma que sea, procede del sol. La luz que permite que encontremos el camino durante las horas oscuras en las calles atestadas de la ciudad o la que nos permite leer en nuestro estudio, provienen del sol. Lo mismo es cierto del cálido resplandor de la leña en la hoguera, o del carbón encendido que atempera nuestra habitación en el frío invierno. El sol es la fuente inmediata de todo calor.

El sol da luz, y luz equivale a vida. ¡Con qué avidez buscan las plantas el sol! ¿Has visto crecer una planta en una bodega oscura? Es toda ella debilidad mortecina. Pero permite que le llegue luz desde una ventana y la verás revivir. Comienza a crecer en dirección a la luz que recibe. No existiría vida vegetal o animal de no ser por la luz que el sol provee a la tierra.

Pero la luz significa crecimiento. Esa luz del sol que es la vida de las plantas, es también la causa de su crecimiento. La planta crece acumulando la luz y el calor del sol. Las plantas de crecimiento rápido, aquellas que pasan de la semilla a la madurez en pocas semanas o meses, poseen en ellas mismas muy pocas calorías. No sirven como combustible. Pero el duro y pesado roble de crecimiento centenario y lento, tan lento que es imposible apreciarlo de un año al siguiente, almacena una ingente cantidad de energía procedente del calor solar. Otros árboles, de crecimiento aún más lento, acumulan mayor calor todavía.

La madera de esos árboles quedó enterrada, y en el curso de los siglos apareció transformada en carbón, que se utiliza como combustible y nos devuelve el calor que acumuló y recibió del sol. La razón por la que recibimos mucho más calor de la combustión del carbón, que de la radiación solar directa, es porque en el carbón encontramos concentrado el calor de la radiación solar recibida por años.



Lo que es el sol para la tierra y para la vida vegetal, es Dios para su pueblo. “Sol y escudo es el Señor Dios” *Salmo 84:11*. De la manera en que el sol da vida física a las plantas con su luz, así Dios da vida espiritual —la única vida auténtica— a su pueblo. La vida de Cristo es la luz del mundo. De igual forma en que el roble acumula el calor del sol, quien vive en la luz de Dios acumula esa luz, que es su vida. Esa luz y vida que significan luz y crecimiento para el cristiano, deben ser compartidas para iluminar y dar calor a los demás.

Alguien podría pensar que a fin de rematar la ilustración, debería ser el cristiano de crecimiento más lento el que tuviera la mayor porción de vida de Dios. Pero no se debe olvidar que el justo vivirá por la fe. La vida del cristiano no se mide por años, sino por la fe manifestada. Cuanta mayor su fe —que conlleva humildad y confianza—, más de la vida de Dios tiene. Y cuanto más vida de Dios se apropie, en mayor grado fluirá hacia los demás, ya que no es posible ocultar la vida de Dios.

Citamos de nuevo: “Porque sol y escudo es el Señor Dios; gracia y gloria da el Señor” *Salmo 84:11*. ¿Por qué motivo nos habla Dios de su gloria? ¿Qué podemos saber de ella? ¡La tenemos cada día ante nuestra vista! “Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión anuncia la obra de sus manos” *Salmo 19:1*. El salmista lo expresa aún más claramente aquí: “¡Oh Señor, Señor nuestro! ¡Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra, que has desplegado tu gloria sobre los cielos!” *Salmo 8:1*. Los cielos declaran la gloria. La gloria del sol cuando brilla en su fuerza no es más que un reflejo de la gloria del Señor. La gloria en la que Dios habita —la luz a la que ningún ser humano puede acceder— se revela parcialmente en el firmamento. Es cierto en el más literal de los sentidos que Cristo, el Creador, es la luz del mundo.

Pero la gracia y la gloria son equivalentes e intercambiables. Leemos en *Hebreos 1:3* que Cristo es el resplandor de la gloria del Padre. “A cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo” *Efesios 4:7*. Cristo está “lleno de gracia y de verdad” *Juan 1:14*, y “de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia” *Juan 1:16*. Resulta evidente que la gracia y la gloria son iguales en medida. Cuando Dios concede gracia, lo hace de acuerdo con las riquezas de su gloria; y cuando da gloria, lo hace según las riquezas de su gracia. Más adelante lo veremos en mayor claridad.

Hay poder en la gloria de Dios: “Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre” *Romanos 6:4*. La inspirada oración respecto a nosotros es para que seamos “fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria” *Colosenses 1:11*. Los cielos revelan esa potencia de su gloria. Es la que mantiene el cielo en su lugar. Es el poder que ejerce sobre la tierra, el poder por el que la vida se sostiene. Al contemplar la gloria del sol, o el cielo cubierto de estrellas y la luna llena, podemos recordar que en su esplendor están declarando la gloria de Dios, y por consiguiente nos están hablando de la plenitud y el poder de su gracia que es derramada abundantemente sobre nosotros mediante Jesucristo nuestro Salvador.



La gloria de Dios es su bondad. El apóstol nos dice que “todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” *Romanos 3:23*. Observa que el no alcanzar la gloria de Dios se debe al hecho de que el ser humano pecó. De no haber pecado, habría alcanzado esa gloria de Dios. Por lo tanto, es evidente que la bondad de Dios es su gloria. Pero es la bondad de Dios la que induce al hombre a arrepentirse: “La bondad de Dios te guía al arrepentimiento” *Romanos 2:4*. Dice el salmista: “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has obrado para los que en ti se refugian, delante de los hijos de los hombres!” *Salmo 31:19*. Es su bondad o justicia la que debemos procurar, y es la que se pone *sobre* y *en* todo aquel que cree. La bondad de Dios concibió el plan de la redención. Pero “por gracia sois salvos” *Efesios 2:8*. Por consiguiente, la gracia de Dios es sencillamente la manifestación al hombre de su bondad, y su bondad es su gloria. Así, la gracia y la gloria de Dios son realmente una misma cosa.

“Gracia y gloria da el Señor” *Salmo 84:11*. ¿Cuándo las dará? ¿Se trata de gracia ahora, y gloria en el futuro? —No. Da ambas ahora a quienes lo reciben. Da ahora gloria en forma de gracia, y en el futuro dará gracia en forma de gloria. Oye las palabras de Cristo —quien es el resplandor de la gloria de Dios— orando al Padre: “Glorifícame tú, Padre, junto a ti, con la gloria que tenía contigo antes que el mundo existiera” *Juan 17:5*. Hablando a sus discípulos (no sólo a los doce, sino a todos los que creerían en él mediante la palabra de ellos), dijo: “La gloria que me diste les he dado” *Juan 17:22*. Por lo tanto, esa gloria es ahora nuestra si queremos recibirla.

Cuando Cristo vino a esta tierra su naturaleza real no apareció en su plenitud ante quienes lo vieron. Para ellos era un hombre más. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” *Juan 1:11*. No obstante, era el Hijo de Dios. Sucede lo mismo con quienes mediante él han recibido la adopción. “Mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; y eso somos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios y aún

no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Él se manifieste seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es” *1 Juan 3:1-2*.

Concuerdan con lo anterior las palabras del apóstol Pablo: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también ansiosamente esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de su gloria, por el ejercicio del poder que tiene aún para sujetar todas las cosas a sí mismo” *Filipenses 3:20-21*.

Recuerda: Cristo afirmó haber dado a sus discípulos la gloria que el Padre le dio a él. Esa gloria se hizo visible cuando Cristo estuvo en el monte de la transfiguración junto a tres de sus discípulos. La misma gloria se manifestará en nosotros en su venida, aunque no es evidente por ahora. Cuando él estuvo en la tierra, el resplandor de su gloria estaba velado, y así sucede con aquellos en quienes él mora. Pero su gloria está ciertamente allí, esperando a ser revelada en la venida de Cristo. Dice el apóstol: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él. Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada” *Romanos 8:16-18*.

Observa: en nosotros se va a revelar la gloria. La hemos tenido todo el tiempo en forma de gracia de Dios, y cuando él regrese se revelará.

También aparece en este pasaje: “Por su amor nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” *Efesios 1:5-6 (RV 1995)*. La gracia del Señor tiene gloria. Es gloria.

En esta escritura encontramos la intercambiabilidad, o más bien la identidad entre gracia y gloria: “Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” *Efesios 2:4-7*.

De igual forma en que en este tiempo se nos da la gloria de Dios en forma de gracia —gracia “conforme a las riquezas de su gloria” *Efesios 3:16*— a fin de que seamos “para alabanza de la gloria de su gracia” *Efesios 1:6*, así también en las edades venideras, cuando “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” *Mateo 13:43*, cuando “brillarán como el resplandor del firmamento ... como las estrellas” *Daniel 12:3*, no harán más que mostrar las riquezas de la gracia mediante la cual fueron salvos. Esa gloria semejante a la de las estrellas en la que ellos brillarán por las edades eternas será la manifestación de la gracia que en esta vida mortal hizo posible que Cristo habitara plenamente en ellos (*Efesios 3:19*).

Hemos aprendido que la bondad de Dios es su gloria, y que él nos viste con su bondad. Observa ahora nueva evidencia de que en este tiempo presente recibimos la gloria de Dios: “Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu” *2 Corintios 3:18 (NVI)*.

El pasaje alude al rostro de Moisés cuando comunicaba al pueblo la palabra del Señor. Hablaba cara a cara con el Señor tal como hacemos con un amigo, de forma que su propio rostro resultó glorificado con la gloria del rostro de Dios. Nosotros hemos de reflejar la gloria de Dios. Pero tal como Moisés, quien “no sabía que la piel de su rostro resplandecía por haber hablado con Dios” *Éxodo 34:29*, quien progresa de gloria en gloria en la luz del Señor será inconsciente de esa transformación.

A la vista del poder transformador de la gracia de Dios, cuán significativa es la bendición pronunciada sobre los hijos de Israel: “El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro y te dé paz” *Números 6:24-26*.

Por lo tanto, “bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andará, Jehová, a la luz de tu rostro. En tu nombre se alegrará todo el día y en tu justicia será enaltecido, porque tú eres la gloria de su potencia y por tu buena voluntad acrecentarás nuestro poder” *Salmo 89:15-17 (RV 1995)*.

*Señor, tu gloria llena el cielo,  
la tierra rebosa de tu bondad.  
A ti sea toda gloria.  
¡Santo, santo, santo Señor!  
En el cielo resuena la alabanza,  
la tierra se une al coro de ángeles,  
cantando: ¡Santo, santo eres, Jehová!  
Altísimo Jehová de los ejércitos.*

*Señor de la vida, tu gloria alumbra;  
Señor Jesús, formaste el universo;  
tu sonrisa ilumina y trae esperanza,  
consuela y anima al santo en su dolor.  
Amor tan puro y sin medida  
solo en tu pecho pudo estar:  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*

*Rey de gloria, rey por siempre,  
tuya es la corona eterna;  
ningún poder ni pasión terrena  
podrá apartarnos de tu amor.  
Tu gracia es nuestra vida;  
veremos tu rostro un día.  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*

*Ven, Salvador; ven sin tardanza;  
trae el glorioso amanecer,  
cuando al resonar tu voz  
cielos y tierra tiemblen.  
Con arpas de oro, en armonía,  
cantaremos: Gloria a nuestro Rey:  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! Amén.*